

ARTIUM
Centro-Museo Vasco de Arte Contemporáneo
Vitoria-Gasteiz

Exposición

Tesoro público (economías de realidad). Colección Artium

Sala Sur, desde el 4 de octubre de 2013 hasta el 31 de agosto de 2014

Texto para el catálogo (fragmento)

Juan Luis Moraza

Cada obra nos hace llegar su intensidad y su enigma desde el instante en que fue creada. Forma parte de una gran constelación en la que ninguna es superflua y que se muestra presente a nuestra presencia, que transforma continuamente el pasado a la luz de las esperanzas y los miedos del futuro. Recíprocamente, los relatos históricos nos constituyen, organizan nuestra sensibilidad, nuestra imaginación, nuestro sentido de la realidad.

Toda colección es incompleta, pues en su diversidad no puede dar cuenta del infinito cosmos de obras y experiencias que componen el arte. Cada colección pública es el resultado estratigráfico de su azarosa historia de donaciones, comités, oportunidades y voluntades. Su génesis es arbitraria, pero más que realizar una arqueología de la arbitrariedad, importa organizar la plasticidad del patrimonio público, su puesta en valor, en uso para cada presente.

El comisariado se ha convertido en el establecimiento de condiciones de presentación e interpretación que articulan la consistencia de una colección. Como representación de una determinada colección, cada muestra cumple funcionalmente el cometido que en el XVIII desempeñaron los llamados «cuadros de colección». Las colecciones mismas fueron —antes del nacimiento del arte— reserva de ofrendas, atesoramiento de las conquistas y los hallazgos, testimonio de triunfos y gabinetes de maravillas. Este origen permite apreciar el vínculo antropológico entre coleccionismo y colonialismo. Aún más tarde, una colección de arte será un universo de universos, una constelación de mundos establecidos por los artistas, un depósito de experiencias sensibles, técnicas, simbólicas, conceptuales, y finalmente, un patrimonio de la humanidad. La exposición *Tesoro público* pretende referir a la condición del museo como lugar de existencia y presencia del patrimonio público, como lugar privilegiado para el escrutinio de lo público como tal.

Toda exposición es una versión. Tomar conciencia de la falta de neutralidad en la observación, del carácter de versión de toda verdad, saber que «solo se recogen los datos que se buscan» (cf. Mortimer, 1961), comporta compromisos de pertinencia. Cada relato extrae de la continuidad infinita de esa constelación de obras aquellas que le otorgan consistencia, mediante cortes y discontinuidades forzando sistemas armónicos claros y distintos. Pues existe una historia discreta (basada en documentos, en datos, en mitos), y una historia continua (tejida de transformaciones, procesos, vivencias, imperceptibles, hecha de transiciones y superposiciones). En esa historia continua, no existen obras superfluas, ninguna es más «determinante», todas ellas son patrimonio experiencial de la humanidad, pues condensan el talento, la inquietud, la inteligencia y la pasión de alguien que le ha dedicado a la obra mucho más de lo que ningún trabajador, gestor, artesano o dirigente ha dedicado a su tarea. Esta exposición no pretende contradecir versiones «intramodernas» sobre la modernidad, sino vislumbrar continuidades allí donde la historiografía moderno/postmoderna ha instituido discontinuidades; reconocer transversalidad y discontinuidades allá donde se presuponen continuidades estilísticas. Intenta contribuir a la destitución de cualquier historia única, indiscutible, proponiendo más bien la naturaleza presente y compleja de la experiencia artística.

Ni siquiera para un estudioso es posible contemplar simultáneamente una colección en su totalidad. No obstante, sí es importante hacer presente la abundancia y la riqueza que cobija un museo. Tomando como modelo expositivo la larga tradición de los tesoros (desde las cámaras de tesoro al retablo políptico —estructurado mediante registros geométricos—, desde los atesoramientos mortuorios hasta los abigarrados gabinetes modernos —surrealistas, constructivistas, minimalistas, etc.—, pasando por las primeras grandes colecciones públicas, los «cuadros de colección», los gabinetes de maravillas y los salones decimonónicos, las cámaras surrealistas o los gabinetes constructivistas), se pretende ofrecer un mosaico cromático en el que son las relaciones entre las obras las que evocan los contenidos de la exposición. No se trata de recuperar un estilo expositivo más o menos inusual hoy en día, pero sí de sacrificar deliberadamente el aislamiento que permitiría contemplar limpiamente cada una de las obras por separado, para potenciar las relaciones entre las obras, y ofrecer de ese modo la imagen de una constelación, de un sistema ordenado pero abierto hecho de vínculos entre ellas. No puede pretender ser exhaustiva, pero sí transmitir del modo sensible esa condición sistémica propia del arte. La exposición fractura la noción de una historia hecha de claras diferencias estilísticas, para reconocer que cada estilo no es sino una prevención contra la simplificación, pues en cada elaboración artística confluye de modo proporcionado el espectro entero de factores constituyentes: percepción, emoción, información, organización, materialidad, contexto... Así mismo, esta forma copiosa de hacer presentes las obras en un paisaje de contaminaciones perceptivas, quiere evocar la inquietud y la riqueza selvática de un tesoro público.



La exposición aspira a convertirse así un gran espectro que incluye la mayor cantidad de obras posibles (en función de las condiciones — espaciales, presupuestarias— reales) establecido bajo las siguientes condiciones o criterios entrecruzados: en primer lugar, son obras de titularidad pública, incluidas donaciones. Se ha prescindido de obras en depósito. En segundo, son obras que desvelan de una u otra forma la creación de valor patrimonial, en el sentido de la distancia entre el material de partida y el resultado, y en relación a todas las dimensiones de institución de valor (valor adjudicado al material, a su elaboración técnica, a la configuración morfológica, a la producción simbólica, al valor de cambio, etc. Y en tercer lugar, son obras organizadas para que desvelen en el arte moderno y contemporáneo el espectro de valores mediante los que el arte contribuye a la construcción de la realidad. La realidad es una dúctil y cambiante red de correspondencias, sometida a unas economías de representación que fabrican la confianza en la verdad.